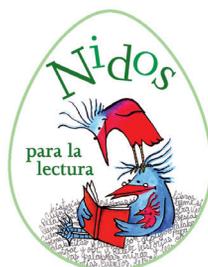


Guarda útil

Juan, Julia y Jericó



loqueleq

Juan, Julia y Jericó



CHRISTINE NÖSTLINGER
Ilustraciones de Rafael Yockteng y David Niño

A los lectores...

EN ESTA NUEVA ETAPA, cuando cada uno puede leer a su propio ritmo y sin interrupciones, llega la hora de la novela. Y llega también con ella ese maravilloso placer de aventurarse, como en un largo viaje, por un mundo propio en el que los personajes van construyendo una historia. Esa sensación de verlos andar por las páginas y de compartir con ellos una parte de sus vidas, está reservada a los grandes lectores como ustedes, que ya se lanzan a leer libros largos.

Tener una novela en las manos se parece a la experiencia de irse a vivir a otra casa, pero no por una noche... ¡sino durante todas las vacaciones! Porque las novelas nos permiten conocer los





secretos de la gente que habita en ellas y familiarizarnos con sus situaciones, hasta el punto de no saber bien dónde estamos: si en nuestra vida real o en aquella “vida otra” que se va inventando el libro.

En *Juan, Julia y Jericó* tal vez no suceda nada extraordinario (aunque tampoco me atrevo a asegurarlo). Lo que sí me atrevo a decir desde ahora es que no será fácil soltar la novela. Su autora, Christine Nöstlinger, es una de mis escritoras favoritas. Y lo que más me gusta de ella es que sus libros no intentan darnos lecciones, sino contar esas cosas que a los niños y a los adultos nos pasan todos los días. Por eso hablan del amor, de las distintas

familias que existen y hablan también de los conflictos y de los sentimientos que cualquier persona común y corriente puede estar viviendo hoy.

Tal vez por esas razones se dice que Christine Nöstlinger es una escritora “realista”. Debo decirles también que algunos adultos la consideran una “niña terrible” de la literatura infantil porque critica y no traga entero y, a veces, dice malas palabras. Pero escribe delicioso. Eso lo verán muy pronto, cuando pasen esta página y no puedan dejar el libro hasta llegar al final.

Yolanda Reyes

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

- 1** **Así era Juan**
Pág. 13
- 2** **Juan tenía...**
Pág. 17
- 3** **Juan no tenía...**
Pág. 23
- 4** **Juan conoce a Julia**
Pág. 27
- 5** **Juan busca a Julia**
Pág. 35
- 6** **A Juan no le van bien las cosas sin amigos**
Pág. 45
- 7** **Juan encuentra de nuevo a Julia**
Pág. 49
- 8** **Una larga espera hasta el domingo**
Pág. 57
- 9** **Julia celebra su cumpleaños**
Pág. 65

10 **La historia de
Julia contada
por Juan**
Pág. 73

11 **Juan y Julia
lo comparten
todo**
Pág. 81

12 **A Julia se le
ocurre una
idea**
Pág. 91

13 **Más
ocurrencias
de Julia**
Pág. 97

14 **El hallazgo
de Juan**
Pág. 103

15 **Julia
enferma de
muerte**
Pág. 107

16 **Jerico se
enamora**
Pág. 117

17 **Juan y Julia
ayudan a
Jerico**
Pág. 125

18 **Julia
se va de
vacaciones**
Pág. 137

1 Así era Juan

Se llamaba Juan.

Juan Jerbek.

Tenía ocho años y era muy bajito para su edad. En el colegio, cuando en clase de gimnasia los obligaban a ponerse en fila según la estatura, siempre se peleaba con Michi por el penúltimo puesto. Juan no quería ser el más bajito de la clase.

También era bastante delgado. Pero fuerte. En el gimnasio, cuando les mandaban trepar por la cuerda, siempre llegaba al techo de primero. Y nadie en el colegio corría más de prisa que él. Ni siquiera uno de cuarto, Alex, que tenía las piernas larguísimas como las de las arañas.

En las peleas, camino del colegio, a veces les ganaba a niños que le llevaban una cabeza, si luchaban limpiamente.

Los ojos de Juan eran de azul clarísimo. Sus cabellos eran rojizos, muy rojizos, como la piel del zorro, y ensortijados. En la nariz y en las mejillas tenía pecas.

En verano, cuando le daba el sol, las pecas tenían hijos y entonces su cara se llenaba de puntitos. En invierno casi desaparecían. Le quedaban tan pocas que hasta podía contarlas: tres en la nariz, dos en la mejilla izquierda y siete en la derecha.

Y los dos dientes de arriba, que le habían salido el último invierno, eran muy grandes y estaban ligeramente torcidos.

Además, su pie izquierdo era algo más ancho y un poco más largo que el derecho. Para el izquierdo necesitaba un zapato del número 30. Para el derecho uno del 29. Pero como por desgracia no hay zapatería que venda dos zapatos de distinto número, su madre elegía el par que le quedaba bien al pie derecho. Y, claro, el zapato izquierdo le apretaba. Le presionaba el dedo gordo y le rozaba en el talón. Como consecuencia tenía una ampolla en el dedo y una zona enrojecida en el talón.

Por eso Juan tenía una ligera cojera. En verano, cuando llevaba sandalias, jamás cojeaba. Ni tampoco cuando corría descalzo, como en clase de gimnasia.